

28. P. Baltasar Campos

El P. Baltasar Campos nació en Alcañiz (Teruel) en 1772. Vistió el hábito escolapio en Peralta en 1788 y profesó en 1789, cambiando su nombre de pila, José Ventura. Destinado a Barbastro, enseñaba retórica en 1802. Fue Rector de Zaragoza de 1803 a 1805, y durante su rectorado se celebró el primer Capítulo General de la Vicaría. Al ser nombrado Vicario General el P. Joaquín Esteve, le nombró su secretario y procurador. Estando en Valencia, hizo copiar los manuscritos de los PP. Font y Jericó, que se fueron multiplicando en copias, sobre todo la “Historia de las Fundaciones de las Escuelas Pías en España” del P. Jericó. Falleció en Madrid en 1838

Siendo profesor, organizó varias Academias de fin de curso. De una de ellas, ofrecida en Barbastro en 1811¹, ofrecemos el “Diálogo sobre si ha sido conveniente para la España el descubrimiento de las Américas, entre Fabricio y Arnobio”.

Fabricio – Señor Arnobio, sea usted muy bien venido. Días hace no le había visto a usted por esta ciudad, y extraño que en una estación tan cruda se haya usted resuelto a este viaje.

Arnobio - He atropellado, señor Fabricio, con el rigor del tiempo, impelido del deseo de ver y aprender. Supe casualmente que se celebraba por estos días una Academia de bellas letras bajo los auspicios del Jefe del partido y dirección de los Maestros de la enseñanza pública, y admirado de que entre el estruendo de las armas disfrute de paz Minerva, y Apolo despliegue con libertad todo el coro de sus Musas, me conduje acá y no me pesa, porque he visto el desempeño de estos jóvenes que seguramente prometen bellas esperanzas.

Fabricio - Si usted hubiese llegado más a tiempo, ya que es tan aficionado las Humanidades, pudiera haberles dado algunos asuntos para componer en prosa o verso.

Arnobio – Sí, en verdad lo hubiera hecho; y uno de ellos hubiese sido sobre si fue conveniente a España el descubrimiento de las Américas.

Fabricio – Amigo, ese asunto no es para alumnos que apenas han saludado el buen gusto de las Bellas Artes. Es punto peculiar de hombres literatos, críticos, muy leídos y sobre todo estadistas, y aun estos no sé yo cómo decidirían una materia peliaguda y que es tenida en problema.

Arnobio - ¿Cómo problema? Yo no tengo ni crítica, ni sentimiento suficiente para decidir la cuestión, pero con las luces que Dios me ha dado y lo poco que tengo leído, diré sin temor de que se me haga volver la palabra al cuerpo, que fue convenientísimo y utilísimo a la nación española un tal descubrimiento.

Fabricio – Pues, señor mío, no somos de un mismo parecer los dos. Yo me precio de tan buen español como usted, y opino por la contraria. A buen seguro que, si la España no hubiera descubierto las Indias, hubiese ido en aumento su grandeza y opulencia de día en día.

Arnobio – Esa, amigo, perdone usted, la tengo por paradoja, y deberá usted a la prudencia del congreso que no sea recibida con risa.

Fabricio - No hay para tanto. Voy fundado en lo dicho. ¿Puede usted negarme que desde aquella época se ve nuestra Península despoblada en gran parte, porque le ha sido preciso enviar continuamente a la América ejércitos enteros, y algunos millones de otras personas, las cuales han hecho falta en nuestro continente para las manufacturas de las fábricas y cultivo del terreno, el que, si en muchas partes y por largas leguas se ve estéril, es por falta de brazos y peritos agricultores? Esto es claro, si no se cierra los ojos a la razón.

Arnobio - De causas muy diferentes, que la brevedad me no permite decir, procede la despoblación de la España. Y si no, véalo usted claro. Cantabria, Navarra, Asturias, Montañas de Burgos y Galicia son las provincias de donde van más españoles a aquellas regiones, y sin embargo son y se mantienen las más pobladas de España. Fuera de que los mismos que pasaron a Indias, siendo los más de ellos los segundos de las casas, y otros sin hacienda ni modo de vivir decente,

¹ Biblioteca Provincial de Emaús, Papeles Varios, 10/26, a. Manuscrito. La academia se celebró el 17 de febrero de 1811.

trasladados allá envían caudales con que facilitan el acomodo de sus parientes, y aun el cultivo de sus haciendas. Y no ignora usted que gente sobra en España; lo que falta es industria. En orden a las tropas que envían a las Indias, estas no despueblan la nación, antes la aumentan más defendiendo los estados del Soberano.

Fabricio - Me paran las razones de usted, señor Arnobio, y no había yo reflexionado tanto sobre la materia. Pero dígame usted: ¿acaso ha prosperado el comercio en la Corona por el descubrimiento de las Américas? Es evidente que han venido de aquellas innumerables y ricas flotas, que podían haber enriquecido la nación, y quizá la vemos más empobrecida. Las fábricas pudieran haberse aumentado y perfeccionando, y por el contrario vemos poquísimas, y estas muy deterioradas. ¿De qué sirve, pues, un tan rico descubrimiento si no cede en conocidísima utilidad de la nación?

Arnobio - Usted tiene razón, pero es menester investigar, si no todas, al menos algunas causas de malversación de los caudales que nos llegan de las Indias. Solo me detendré en un principio que es el más ruinoso para nosotros. Para que en España se retuviesen los grandes tesoros de la América, y con ellos quedasen ricos y abundantes estos Reinos, era preciso que desde el puerto de Cádiz, Coruña y demás bahías, se introdujesen y circularasen en la Península. Pero ¿qué ha sucedido, y quizás sucede? Que desde el desembarcadero mismo pasan a manos de los émulos de la Monarquía, y por este medio se introducen después cuantiosas sumas en los dominios de los turcos, entre los cuales tienen los pesos mexicanos y peruleros tanto aprecio que, por desgracia nuestra, los comerciantes de Europa para introducirlos allá los negocian con el premio de seis, ocho y diez por ciento que dan, además de su valor intrínseco, sin que para ello se les ofrezca reparo.

Fabricio - Permítame usted dos palabritas. ¿Cómo se resuelven a eso los comerciantes?

Arnobio - Mediante una larga y segura experiencia de que en Constantinopla, El Cairo y otros de aquellos parajes, tiene nuestro peso duro de premio hasta cincuenta por ciento. Conque a la fatalidad de despojársenos desde Cádiz o su bahía de la mayor parte de los millones que nuestras flotas y galeones traen para la utilidad de la patria, se nos añade el desconsuelo de que se los llevan diversas naciones desafectas a la Corona, de donde se sigue que ellas aumentan su comercio y nosotros nada mejoramos en nuestro; ellas hallan en España las Indias que nosotros con inmensos sudores encontramos en la América. Pregunto ahora: ¿ese desorden y mala inversión de caudales proviene de tal descubrimiento? Sea usted el juez en ello.

Fabricio - No, por cierto. Eso es lo mismo que haber heredado un hijo un pingüe y opulento patrimonio, y por su mal manejo ir decayendo su casa y familia, cuando con su herencia pudiera levantarla de punto. La España con los tesoros de las Américas pudiera sobresalir entre las demás naciones por armas, literatura, comercio, Marina, fábricas y talleres; pero otras causas le privan de esta felicidad.

Arnobio - Añada usted que para ello casi no necesita comerciar con naciones extrañas; puede bastarle a mi parecer el tráfico con su nuevo mundo, llevando a él las materias y frutos que aquí nos sobran y trayendo en cambio y en dinero su valor, o las preciosidades de aquellos países. Solo el ramo de tejidos de seda y demás manufacturas podían engrosar el tesoro público, y aún el de los particulares, si este comercio lo hiciéramos con bajeles propios y no con extraños. Entonces todo caía en casa, y sacados libres nuestros trabajos y gastos, nos quedaban muchos miles de ganancia. Entonces se vería si nos eran útiles las Américas. Tenemos el pan en la mano y no sabemos llevarlo a la boca.

Fabricio - Me conformo con ello, pero yo he oído decir que, aun cuando la España supiese aprovechar bien todos esos tesoros, todos ellos no eran bastantes para mantener una Marina cual se necesita para el comercio seguido y grueso con las Américas, y que por consiguiente más pronto sale cargada en costas.

Arnobio - Ríase usted de eso, amigo. A España le ha sobrado Marina para su navegación y tráfico en las Indias y otras partes, y entonces llevaba un comercio activo y continuado, que, sobre enriquecer los vasallos, hacía más poderoso a su Rey, y más respetable el imperio español. Con las ganancias podía aumentar sus bajeles y hacer más vigorosa la defensa de uno y otro mundo. Pero ¡qué dolor! Disipóse su Marina como el humo.

Fabricio - Las guerras acaban con todo. Como la España siempre ha tenido naciones rivales y envidiosas de su grandeza y poderío, siempre por mar ha sufrido mayores descalabros que le han enervado y aun inutilizado sus fuerzas navales. Y hay quien discurre con fundamento que le hubiera estado mejor al Monarca de España conservar los estados que poseía en Europa que adquirir nuevos y dilatadísimos dominios en regiones tan remotas. Se deja ver, desde luego, que los inmediatos se pueden gobernar y defender mejor y más pronto que los más distantes.

Arnobio - Así discurrían algunos políticos, pero los Reinos, señor mío, tienen sus vicisitudes y alternativas, y lo que hoy posee un Soberano, mañana lo conquista otro. No hay duda de que, descubiertas las Américas, quiso abarcar mucho la España, y creyó que con los nuevos estados podría conservar los antiguos de Italia, Nápoles, Sicilia, Flandes y otros. Pero se engañó: hubo de soltar estos y quiso guardar los otros.

Fabricio - Pero para ello, ¿cuantas más dificultades se le ofrecen? ¿Cuántos meses y aun años suelen estar detenidas las flotas, o por temor de caer en manos enemigas, o por recios temporales, que hacen el mar innavegable? ¡Y cuántas veces suele ser víctima de este enfurecido elemento! Todo lo cual retrasa el comercio, hace bajar los fondos públicos, a la milicia se le escasea su prest² y las fábricas paran. Esto dimana, a la verdad, de depender de dominios tan lejanos.

Arnobio - Si algún inconveniente se ofrece, es el que usted acaba de poner. Pero si en él hubieran de reparar los Soberanos, ninguno apetecería sino estados próximos a su Real Persona, y vemos que nadie los escupe, aunque muy remotos, pues cree que le pueden ser útiles. Aplique pues caso a nuestro intento. Pero yo en el descubrimiento de las Américas echo de ver una mano invisible que llevó a efecto una tamaña empresa no precisamente para enriquecer la España y dilatar los confines de su imperio, cuanto para inmortalizarla con una gloria y blasón sin igual.

Fabricio - Usted lo dirá con alusión a Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, héroes incomparables, que quizá los anales no producirán semejantes, por haber sido los descubridores de la Nueva España y de la América Meridional, imperio el más dilatado que se conoce en las cuatro partes del mundo, y cuyos límites todavía no se han encontrado.

Arnobio - No lo digo tanto por el mérito superior de estos ilustres guerreros y perfectísimos marinos, cuanto por haberse valido el cielo de su pericia y valor para que inmensas regiones, sepultadas en las tinieblas de la ignorancia, barbarie e idolatría, viesan algún día la luz esplendorosa del Evangelio, con ella suavizasen sus costumbres, conociesen y adorasen al verdadero Dios, se sometiesen a leyes justas y respetasen a un Soberano que en todo había de procurar su felicidad. Esa dicha cupo a Carlos, primero en España y quinto en Alemania, y esa dicha cabe a sus sucesores, que miran las Indias como la porción más rica, más interesante y gloriosa de su real patrimonio. El cielo se las perpetúe e inmortalice.

Fabricio - Así espero suceda mediante un sano y acertado Gobierno. Haya gobierno en España, hay amor a la Patria, fidelidad y desinterés en los empleos, que yo me prometo las mayores ventajas de la nación, comercio floreciente, Marina respetable, fábricas muchas y acreditadas, milicia aguerrida, rico el erario, el vasallo nada pechado, el artesano contento con su taller, y el labrador pacífico en su posesión.

Arnobio - Lo ha dicho usted todo, amigo. Si así sucede, a buen seguro no pasará por problema el descubrimiento de las Américas, sino, mal que a muchos les pese, habrán de confesar que por ellas pues ser España más feliz y más ricas sin comparación que otras naciones. ¿Le parece a usted que para lo que permite nuestra edad y nuestra instrucción hemos discutido bastante?

Fabricio - Sobrado hemos abusado de la bondad de los oyentes.

Fabricio y Arnobio - Pues abur, señores.

² Según el DRAE, parte del haber del soldado que se le entregaba en mano semanal o diariamente.